

LAS 7 VIDAS DE UN GATO

GEMA DEL PRADO MARUGÁN

MIGUEL MARTÍN CRUZ





Créditos:

LAS 7 VIDAS DE UN GATO

Primera edición digital: abril 2020

ISBN: 978-2-490290-30-7

Autores: Miguel Martín Cruz y Gema del Prado Marugán

Fotoilustración: Marifé Castejón (www.visualmachine.es)

Prólogo: Juan Ángel Laguna Edroso

Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente Molins

Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Edición: Saco de huesos

9 Chemin de la Calade, Eyriac

07170 Lussas, France

www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (ww.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



LAS 7 VIDAS DE UN GATO

Miguel Martín Cruz

Gema del Prado Marugán

Cazadores de quimeras

LOS MITOS ESTÁN AHÍ, SIEMPRE LO HAN ESTADO, a la vuelta de la esquina, esperando a la persona adecuada para ser resucitados cuando esta encuentre el tono adecuado, el lenguaje necesario para hacerlo. Esto, o algo parecido, es lo que pensarían los Shelley, Polidori y Lord Byron, me gusta imaginar, si vieran a día de hoy todo lo que ha traído su famosa velada en Villa Diodati. El tiempo no acompañaba, se lo tomaron, en apariencia, como un juego, y crearon algo grande a partir de una materia prima que ya era secular.

Sí, reconozcámoslo: en realidad no inventaron gran cosa. Los muertos vivientes, incluso la suerte de gólem alumbrado a una terrible existencia de Mary Shelley, habían sido fuente de inspiración de otros autores antes que ellos, así como la columna vertebral de una tradición narrativa cuyos orígenes son tan lejanos como difíciles de rastrear. Incluso del emblemático conflicto filosófico de Frankenstein encontramos precedentes en el *Paraíso Perdido* de Milton y algunas claves del vampiro de Polidori podemos buscarlas en *La novia de Corinto*, de Goethe.

Al mismo tiempo, es innegable que encontraron un modo de apropiarse de estos mitos, de sacarlos de las arenas primordiales del tiempo, que todo lo devoran, para exponerlos con su particular genio a la luz. Sus monstruos y sus héroes estaban ya ahí, esperando a que los devolvieran a la vida. Y no aguardaban muy lejos, sino en un viejo tomo de leyendas y cuentos germánicos olvidado en la biblioteca de la mansión y que seguramente todos conocían ya.

Miguel Martín Cruz y **Gema del Prado Marugán** comparten con ellos estas dos cualidades indispensables para cazar quimeras: una mirada atenta y apasionada por los mitos que nos rodean y que se han hecho parte de nuestro mundo, aunque a veces los tengamos en parte olvidados, y una voz propia para resucitarlos, una vez más, apasionando a los lectores. Solo así se explica que hayan dado nacimiento a un héroe como el detective Solo. No solo a él, de hecho, sino a un universo entero que cohabita con nuestra realidad más inmediata sin ningún sonrojo.

Y es que este tándem desbocado no parece haberse ido muy lejos a buscar su materia prima. La encuentran en las películas que rescatábamos por unas horas del videoclub, en las novelas de horror que aún podemos encontrar en mercadillos de segunda mano y los cómics que adaptaban a los clásicos o nos traían sus propias versiones de los eternos arquetipos del terror, en la música que nos ha servido de banda sonora y en la calle y todo lo que se cuece en ella. Sí, en la calle también. No en vano, como ya vimos en *Maldita mi ciudad* y ahora podréis corroborar en *Las 7 vidas de un gato*, Madrid es un personaje primordial en su narrativa. No un personaje más, sino un protagonista indiscutible.

Frente a las novelas Z con síndrome de taxista que pusieron de moda cierta vocación de callejero en la narrativa de terror, la clave de estos relatos, del universo que tejen entre todos, reside en que han sido capaces de escuchar su historia, de desenterrar sus leyendas, de dar nueva forma a los ecos que vagabundeaban entre adoquines, edificios grises, gatos callejeros y fiestas de barrio. No se trata de que el lector se sienta cómodo – como preconizaba M.R. James en su primera ley para construir buenas historias de terror– solo porque le mencionamos una calle o una plaza que le resulta cercana o familiar, sino de escarbar en el pasado de esta y revelar su auténtica naturaleza, el secreto que esconde. Esto va, en definitiva, de dar un nuevo brillo a la materia prima sobre la que transitamos sin darnos cuenta, sin abrazar esa agudeza visual o anímica que nos permite ponerla en valor.

Aunque no he vivido en Madrid el tiempo suficiente para percibir de antemano todos los matices que se esconden en estos relatos, sí que he podido desde el principio, desde que me crucé por primera vez con el detective Solo, captar esta esencia e, inevitablemente, he creído encontrar paralelismos con el trabajo realizado por José María Tamparillas con el Poeta y la que yo adivino como su Zaragoza natal. Aun con notables diferencias de enfoque y tono, tienen en común esa misma mirada osada capaz de reinventar el escenario urbano para darle una nueva dimensión. Quizás por ello, cuando me vi enfrentado a la tremenda responsabilidad de buscar un ilustrador que diera forma a esa quimera que es, así mismo, el detective Solo, pensé en **Marifé Castejón**, quien ya había demostrado su valía con *Alma y el poeta*. Es una artista que comparte con los ya mencionados esa capacidad fascinante de extraer la magia –incluidas sus resonancias más inquietantes y sugerentes– de los entornos inmediatos

para construir mitos contemporáneos que no son, en realidad, más que una continuación de los mitos ancestrales que siempre nos han fascinado.

Novela negra, cuentos de aparecidos, relatos detectivescos, historias de terror, revisitaciones burlescas, narraciones costumbristas... el lenguaje elegido refleja también este mestizaje cultural tan propio de estas resurrecciones. ¿Es Frankenstein la primera novela de ciencia ficción o una fábula existencialista? El vampiro, ¿un cuento de monstruos o una descarnada crítica social? Las aventuras de Solo, ¿la más osada guía turística de los secretos de Madrid o un inventario de monstruos bajo la moderna luz de una sala de interrogatorios? Basta adentrarse en sus páginas para constatar que las etiquetas no son necesarias, que son perspectivas, miradas inteligentes sobre una inmensa tradición que han sabido encontrar el tono justo y esa misma capacidad de fascinación que tienen los que llamamos mitos originales.

Tienen, de hecho, tanta magia que me gusta imaginar que surgieron al amor de nuestra particular Villa Diodati: *Calabazas en el Trastero*. Sí, no llega a mansión completa ni aun sumándole la Biblioteca Fosca, y tampoco está a orillas de un maravilloso lago en Suiza, lo que no impide que veamos vínculos evidentes entre ambas: el tiempo tampoco acompaña —y nuestra crisis es peor que cualquier tormenta de verano— y, a decir verdad, nos lo tomamos muchas veces como un juego —porque tampoco nos queda otra—.

Ah, sí, y en ocasiones la chispa prende y, con el paso de los años, te das cuenta de que algunos de los huéspedes lo han conseguido: con ese genio que al principio solo necesita un cierto público, por reducido que sea, han conectado una vez más con los auténticos mitos y, sobre ellos, nos han brindado un nuevo episodio de esta larga y honrosa tradición, uno especial, uno de los que dejan huella.

Bienvenidos al Madrid del detective Solo, donde los vampiros y los científicos locos siguen campando por sus respetos junto a muchas otras e insospechadas quimeras que, os lo aseguro, no encontraréis en una antología de cuentos folclóricos tradicionales alemanes (aunque compartan genealogía). Poneos cómodos, lectores, y disfrutad, que tenéis un guía de excepción para este viaje. ¿Que no he dicho gran cosa de él en este prólogo? No es ningún despiste: es que Solo no es de los que necesitan presentaciones. Si todavía no lo conocéis, enseguida sabréis por qué.

Avisados estáis.

Juan Ángel Laguna Edroso
Editor
Eyriac, a 14 de mayo de 2017

A John Constantine, Dylan Dog, Harlan Draka, Hellboy, Wesley Doods, Edwin Paine y Charles Rowland, Charlie Parker, Inspector Serrano y Pedro Laespada, Rafael Núñez, Harry Dickson, John Silence, Thomas Carnacki, Sherlock Holmes y John H. Watson, Martin Hesselius, George Edward Challenger, Jules de Grandin, Abraham Van Helsing, Auguste Dupin, Jack Sawyer, Félix Castor, Lucas Corso, el Caso de la Rubia Platino, Fox Mulder y Danna Scully, Sam y Dean Winchester, Jack Harkness y Gwen Cooper, Olivia Dunham y Walter y Peter Bishop, Jack Marshak, Dale Cooper, Edgar Benedeck y Jonathan MacKenzie, Carl Kolchak, Ángel Berriatúa, Harry Angel, William Kinderman.

Y a Harry D'Amour, que para nosotros lo empezó todo.

Un ligero toque de infortunio

Seleccionado para Calabazas en el Trastero: Supersticiones

EN LA PANTALLA DEL ORDENADOR, la ruleta giraba sin control mientras un montón de gente a su alrededor jaleaba a la pequeña bola.

–¿Qué se supone que estoy viendo? –preguntó el detective pasándose el cigarrillo de un lado a otro de su boca.

–Fíjese en el tipo de la americana a cuadros y la corbata rosa.

–Un tipo elegante –ironizó Solo dejándose hipnotizar por el vaivén de la esfera de color marfil que golpeaba las casillas numeradas. No era el único. Detrás de la pantalla, las imágenes grabadas mostraban a un buen puñado de personas fascinadas por el riesgo de aquel estúpido juego—. Y un tipo con suerte, también. ¿Cuánto lleva ganado?

–Unos cuantos miles –dijo su cliente apoyando las manos sobre el escritorio del detective—. Ahora fíjese en el hombre que pasea por detrás. Un hombre con un bigote postizo.

–Ajá.

Imposible no detectar al tipo en cuestión. Aquel bigote llamaría la atención incluso en una convención de disfraces cutres. El fulano con el postizo caminaba rodeando la ruleta, mirando por encima de los allí congregados. Justo en el momento de pasar por detrás del hombre con la corbata rosa, se detuvo y posó una mano sobre su hombro. Este, aún sonriente por su racha de buena suerte, ni siquiera prestó atención a la llamada. El desconocido de bigote falso pasó a perderse entre la multitud.

–¿Y? –preguntó Solo con toda la paciencia del mundo. Le estaba dando un poco de margen a su potencial cliente por el único hecho de que iba en silla de ruedas. En otras circunstancias, ya lo habría despachado con un par de frases cortantes. Sin embargo, aquel tullido le daba lástima.

–Siga mirando, por favor.

Solo resopló, pero siguió observando la pantalla de su ordenador con estoicismo. Delante de sus ojos fue desarrollándose una escena de increíble mala fortuna protagonizada por el hombre de la americana y la corbata

horrendas, que poco a poco fue perdiendo cada uno de los montones de fichas que había ganado hasta el momento. Una última apuesta al 20, que resultó tan fallida como las anteriores, dejó al pobre diablo llorando sobre la ruleta. Para más chufra, la bola había ido a detenerse sobre el 13.

–Una vez leí sobre esto –repuso el detective chupando del cigarrillo casi con lujuria–. Algunos casinos contratan gafes profesionales que tocan a determinados clientes para robarles las rachas de suerte. No es algo corriente, pero ya se han dado casos. Ese cabronazo del mostacho falso es uno de ellos.

No era una mala teoría, aunque todos los ejemplos que se le ocurrían relacionados con el tema habían acontecido en Las Vegas. Nada tan glamuroso como aquel Casino de Torrelodones, por supuesto. Su cliente negó con vehemencia desde su silla de ruedas.

–Estaría de acuerdo con usted si no fuera porque no ha sido el único caso.

Solo pulsó un botón de su computadora y el DVD salió expulsado de su interior. La última imagen había mostrado cómo los agentes de seguridad del casino sacaban a rastras del local al tipo de la corbata hortera, que no había dejado de llorar y gritar en ningún momento. Según le había dicho su cliente, aquel hombre se había suicidado al día siguiente de los sucesos allí grabados. En su hotel aún debían de estar limpiando los restos de sangre arterial de la bañera.

Ya no habría más americanas a cuadros para el pobre desgraciado.

El hombrecillo de la silla de ruedas sacó una carpeta y la lanzó sobre la mesa. El detective la abrió y observó los documentos. El primero era una ficha policial en la que se exponía el fallecimiento de un tal Expósito **** (el apellido venía tachado con asteriscos, convirtiéndolo en toda una incógnita) en una amplia avenida de Villaverde Alto. El siguiente venía firmado por el forense y pormenorizaba la causa de la muerte. Una foto del cadáver ilustraba los detalles más morbosos, como los cientos de arañazos y mordeduras que le habían propinado en manos y rostro. Eso por no hablar de la evisceración, que le dejaba un agujero en la tripa similar a un cráter lunar.

Solo puso una mueca de asco y apagó el cigarro sobre un cenicero en el que se leía el lema «prohibido fumar». Ni siquiera iba a preguntarle cómo demonios había podido hacerse con unos documentos tan clasificados como aquellos.

–¿Qué tiene esto que ver con el hortera del casino?

–Mire la siguiente foto, por favor. Fue un elemento clave para resolver el caso.

Solo obedeció y no pudo reprimir un gesto de sorpresa. Una veintena de gatos yacían muertos en un jardín, todos con sus vientres hinchados apuntando al cielo.

–Por lo visto atacaron al tal Expósito con, permítame la frase hecha, uñas y dientes. Un desgarrón en plena carótida fue lo que le provocó la muerte. Luego devoraron sus tripas y se alejaron para morir a un par de kilómetros de distancia.

–Comieron hasta reventar, en el sentido literal del término.

–Así es.

–Curioso, pero sigo sin entender la relación con el suceso del casino.

–¿Conoce usted muchos casos de gatos callejeros que ataquen personas? ¿Y que las devoren?

Solo sonrió con sorna, ya que no sabía si aquel minusválido le estaba gastando algún tipo de broma macabra. No, tenía que reconocer que no conocía a ningún gato que asesinara transeúntes para engullir después sus cadáveres. Sí conocía a un par de simpáticas y bellas mujeres que lo hacían, pero de animales callejeros nada de nada.

–He de reconocer que es raro. ¿Pero a dónde quiere ir a parar?

–¿No es usted un tipo supersticioso?

El detective rió con disimulo.

–Digamos que creo en ciertas cosas –replicó envuelto en un halo de misterio–. Pero no es superstición si las maldiciones terminan cumpliéndose, ¿verdad?

Su cliente asintió con la cabeza.

–Yo siempre he sido de aquellos que evitaban el número 13 y de los que procuraban levantarse con el pie derecho.

–Mire, soy un hombre ocupado –dijo el detective de la manera más diplomática posible–. Si hiciera usted el favor de ir al grano, quizás...

–Gatos negros –interrumpió el hombrecillo de la silla de ruedas.

Los ojos de Solo se entrecerraron, como si con el gesto quisiera medir a su interlocutor. Muy bien, gatos negros. ¿Y qué quería insinuar con eso? Él mismo tenía la silueta de uno tatuado en su brazo. Tatuaje que, por cierto, estaba empezando a escocerle...

–Mire esto –el potencial cliente cambió de conversación y le lanzó un

nuevo documento—. Y también este.

La foto de la primera hoja mostraba lo que parecía ser una momia recién descubierta en algún lejano yacimiento arqueológico. Solo que, según el texto adjunto, había aparecido en un polígono de Alcobendas. Un fatal accidente había llevado al jovial empleado Ernesto Benítez (al menos parecía jovial en la sonriente foto de carné que incluía el informe) a transformarse en una momia demacrada y poco convencional (por eso de la gorra con el logotipo de la empresa). En la refinería de sal donde trabajaba, nadie podía explicarse cómo había podido suceder. Una compuerta se había abierto misteriosamente y había sepultado al pobre Ernesto en kilos y kilos de sal. Desde luego debía tratarse de la primera momia con nombre y apellidos que se descubría, y ambos subrayaban su procedencia cañí.

—Curioso —dijo Solo tras leer con detenimiento el informe.

—Sal desparramada —añadió su cliente—. Lea el siguiente.

Solo lo hizo, y no pudo evitar soltar una carcajada ante la mirada reprobadora del hombre de la silla de ruedas.

—No jodas —dijo sin siquiera intentar justificar su incontrolable ataque de risa.

Una mujer casada y su joven amante habían muerto en la habitación del motel de carretera que habían alquilado. Por lo visto, el espejo colocado en el techo para desatar las más tórridas fantasías de los clientes se había roto en mil pedazos. Una verdadera tragedia que la pareja siguiera en la cama cuando cayeron los afilados cristales, lacerando las más diversas zonas de su cuerpo y atravesando de parte a parte algunas otras de vital importancia. Solo se secó las lágrimas con el dorso de la mano, mientras con la otra buscaba a tientas un cigarro que llevarse a la boca.

—Los siete años de mala suerte les han caído todos de golpe —dijo sin poder evitar una nueva carcajada.

Su cliente esperó a que dejara de reír, aunque se le veía realmente disgustado mientras lo hacía.

—Un espejo roto —susurró cuando volvió a reinar el silencio en aquel cuartucho de mala muerte al que el detective se empeñaba en llamar «oficina».

—Veo por dónde quiere ir: un jugador que pierde toda su pasta por no apostar al 13; un tipo enfrentado a una jauría de gatos negros; un hombre al que se le cae encima un poco de sal (tan solo unos kilos); y luego está la

pareja de follarines ensartados en un espejo roto.

–Efectivamente –repuso complacido.

–Ya –dijo sin poder evitar traslucir cierta sequedad–. ¿Y qué es lo que quiere que haga yo? Porque le recuerdo que soy detective, y en este caso parece que usted maneja ya toda la información posible.

–Quiero que encuentre al tipo que hizo todo esto.

La cara de Solo reflejaba una sorpresa indescriptible, tanto que el cigarro apagado que tenía entre los labios estuvo a punto de caer. Cerró la boca en el último momento, apretó el pitillo con fuerza y prendió fuego a la punta como si tal cosa.

–¿Al tipo que hizo esto? –inquirió al fin.

–Lo crea o no, todos estos accidentes son fruto de una sola persona.

–¿Y cómo está usted tan seguro?

–Por que soy una de sus víctimas –dijo mientras hurgaba en el bajo de sus pantalones–. El muy cabrón me tocó, ¿sabe? Puede que incluso solo llegara a rozarme. Pero por lo visto eso es más que suficiente.

–¿El tipo del bigote de pega?

Su cliente siguió trabajando en la parte baja de sus pantalones.

–Ya le he dicho antes que siempre he sido muy supersticioso –continuó –. Siempre teniendo el máximo cuidado de no pasar por debajo de una escalera, de no cruzarme con un gato negro, de que no se me cayera el salero durante las comidas. Siempre me levantaba con el pie derecho. Hasta que ese maldito hombre apareció en mi vida para rozarme el brazo.

Tragó saliva, visiblemente afectado.

–¿Puede imaginar lo que es ir a levantarse un día y, simplemente, no poder tocar el suelo? Caí de la cama sin más, incluso me hice una brecha en la cabeza al golpearme contra el parqué, mire.

Y aunque el tipo señalaba una cicatriz en su sien derecha, Solo no pudo prestarle la menor atención. Su vista seguía fija en aquella otra parte de su cuerpo que había quedado al descubierto.

–Sus piernas –susurró con los ojos a punto de salirse de sus órbitas.

Las perneras remangadas dejaban ver sendas prótesis de plástico que nacían justo bajo sus carnosas rodillas.

–Desaparecieron –explicó–. De la noche a la mañana. Ni siquiera sangré. Simplemente desaparecieron, como si las hubieran borrado.

–Joder... –musitó intentando recobrar la voz. Adiós a levantarse de la cama con el pie derecho; tampoco con el izquierdo, si a eso vamos. La

imagen de aquel pobre mutilado cayendo de la cama, creyendo que tocaría el suelo como cada mañana pero descubriendo que alguien le había privado para siempre de la facultad de andar, se repetía incansable en su cabeza. Era algo tan macabro que resultaba casi hipnótico—. Acepto el caso.

—Gracias, muchísimas gracias. Se lo agradezco con toda mi alma —dijo el tipo al borde del llanto. Luego lanzó una de sus manos por encima de la mesa y agarró temblorosamente el brazo del detective—. Pero no deje que le toque. No lo permita, por el amor de Dios.

Como todo buen detective que se precie, Solo adolecía de algunas costumbres muy arraigadas y siempre cumplía con dos visitas obligadas previas al periplo investigador. La primera era un pequeño bar escondido entre los antiguos portales de la Cava Baja. Un sitio anodino, oscuro y sin nada nuevo que aportar frente a las efervescentes ofertas de los nuevos locales destinados a un público eminentemente joven, o esos pintorescos mesones «con encanto» de moda entre lo más petardo de la escena madrileña. Pero Andrés, el dueño del bar *Las Brumas*, era un hombre de pocas palabras y además hacía un café estupendo, así que Solo había encontrado allí un lugar ideal para poner en orden sus ideas, para calentar motores.

Mientras paladeaba un cortado que de tan negro y espeso colapsaba las venas nada más ingerirse, repasó los pormenores de aquel caso peculiar donde la mala suerte y la superstición popular se habían aliado para gastarle al mundo unas cuantas bromas retorcidas. Cuatro hombres y una mujer, finados en el intervalo de una semana y media. La prensa amarillista seguía estremeciéndose con un último orgasmo carroñero. Y aquel ilustre mutilado que pagaba sus honorarios y cuyo nombre era mejor olvidar; Solo sabía bien que no era prudente cabrear a los poderosos. Al menos, no sin una buena estrategia detrás. Bueno, pues exceptuando a su cliente y a la madurita fogosa del motel —Alicia Fonseca-Gálvez que se llamaba la adúltera—, el resto era gente corriente y moliente, integrantes de esa clase media condenada a desaparecer en las mareas turbulentas de la crisis. Incluido el joven follarín, Manuel Antúnez, un contable con grandes aspiraciones que parecía haber optado por el ascenso inmediato trabajándose a la jefa. Una auténtica pena. Al chico le auguraban una carrera prometedora. Expósito **** trabajaba de administrativo en Correos y Ernesto Benítez era operario de producción. El suicida del traje imposible,

un triste acomodador de cine. ¿Qué tenían en común todas aquellas personas, entonces? ¿Qué las había llevado a convertirse en víctimas de aquellos insólitos incidentes? Antes de que el cliente le mostrara su terrible pérdida, Solo ya tenía la certeza de que el tipo del bigote postizo era algo más grande que un gafe profesional. Eso, y un leve picor en el brazo izquierdo: el gato tatuado en el bíceps clavaba sus garras a modo de advertencia, instándole a aceptar el caso.

Depositó la taza vacía sobre el platillo. Su mejor pista hasta ahora se hallaba en el Casino de Torrelodones. Al igual que el suicida, su cliente había admitido ser un habitual en las fiestas de la sala. Solo sospechaba que el resto también se habría dejado caer por allí en algún momento. Que acabaría localizándolos en las grabaciones de seguridad del casino no lo dudaba ni un segundo. Suspiró. Tendría que alquilar un esmoquin.

—Quédate con el cambio, Andrés —dijo—. Hoy el café estaba delicioso; más quemado que nunca.

—¡Que te jodan, Solo! —respondió este con una sonrisa—. ¡Y cuídate!

La segunda visita obligatoria era la de la Parroquia de Nuestra Señora del Buen Consejo. Aunque faltaban casi tres cuartos de hora para el siguiente sepelio, ya había cinco viejitas y dos parejas de mediana edad ocupando los primeros bancos frente al púlpito. «Parece que no han entendido muy bien eso del orden de entrada al Reino de los Cielos», pensó mientras enfilaba derecho al confesionario al fondo de la nave oriental.

—Ave María purísima —se persignó—. Padre, confieso que he pecado y pretendo volver a pecar.

La mirilla del sacerdote se abrió del todo y unos ojillos grises contemplaron torvos al detective por encima de una prominente nariz aguileña. En conjunto, el rostro del padre Martín resultaba como mínimo severo.

—¿Y qué va a ser esta vez, hijo mío? ¿Tortura, asesinato o fornicación con alguna meretriz infernal?

Solo dejó escapar una sonora carcajada. Alguien le chistó desde el altar.

—Lo de la tortura no es lo mío, padre. Eso mejor dejárselo a Labriego, que además de ser un pecador, también es el mayor hijoputa que ha visto nacer La Cibeles. —Silencio al otro lado—. Pero no se preocupe, padre. Para su alivio, esta vez solo me dejaré seducir por el juego.

—Entonces el precio será menor, claro —respondió el padre Martín—. Ya

pensaremos una penitencia adecuada a tu regreso. *Ego te absolvo*, hijo. Ve en paz y procura volver de una pieza. Al Señor no le gusta cebarse con despojos humanos.

Le había dado su bendición y también una petaca de plata repleta de agua extraída del manantial del Santo y bendecida por el mismísimo Hijo Fundador. El detective la guardó en la chaqueta, junto al revólver. Uno nunca sabe cuánto va a necesitar agua sagrada hasta que la echa en falta por última vez.

—Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos serán los primeros —exclamó al pasar junto al altar.

Una brisa repentina agitó las flores prendidas en los centros y doblegó las titilantes llamas de los cirios.

Torrelodones se había convertido de la noche a la mañana en un imán para los juerguistas más acomodados y el casino, que acogía las fiestas privadas de buena parte de los ricos empresarios madrileños, en el máximo exponente del glamour. Glamour, que no elegancia, como constataban las vívidas imágenes de aquel fantoche de chaqueta a cuadros y corbata rosa que había intentado reventar la banca tres noches atrás. «Si supieran la de elementos procedentes del pueblo llano que se les cuelan», pensó Solo para sus adentros. Aunque como había podido comprobar, nadie hacía preguntas si aireabas adecuadamente tu flamante VISA Oro y un billetero repleto de efectivo a la entrada. Daba igual. Tras las puertas del casino las diferencias sociales acababan diluyéndose en el mar de la esencia humana. Llámalo ruleta, llámalo póquer: había visto esas mismas expresiones en otros tantos rostros anónimos sentados horas y horas frente a las luces de las tragaperras en antros más humildes. Allí, y en todas partes, todo tenía el color del dinero.

Durante un rato, se dedicó a deambular por las distintas zonas de juego, simulando un interés que no sentía para poder reconocer mejor el terreno. También tuvo que sortear alguna cuarentona con demasiadas ganas de fiesta; su instinto le decía que aquella era una noche para disponer de la totalidad de sus cinco sentidos. Y aunque él contravenía la máxima de que los hombres eran incapaces de centrar su atención en más de un asunto a la vez, se hallaba incómodo dentro del esmoquin y en lo último que pensaba era en follar con alguien en los reservados secretos del piso de arriba, desde los cuales los —adinerados— amantes podían contemplar a la multitud

mientras retozaban sin ser vistos.

—Una auténtica pena —exclamó ante su (dolorosa, eso sí) negativa una maquilladísima morena de rizos tan negros como sus rasgados ojos mientras sacudía las caderas embutidas en un apretado vestido dorado—. Tan joven, y ya impotente.

Hora y media después, andaba apurando a sorbitos el whisky más caro del mundo cuando un dolor lacerante sacudió su brazo izquierdo. Respiró profundamente y, templando sus nervios, lo buscó entre la multitud. El hombre del bigote postizo se aproximaba con suavidad a una de las mesas, donde un venerable vejete lanzaba los dados clamando por un doble siete. Había algo que no terminaba de encajar en aquel tipo. En la grabación, se trataba de un individuo con la pésima imitación de un bigote; el hombre que contemplaba ahora parecía ser todo él un disfraz, confeccionado a base de postizos. El horrible mostacho era tan solo el culmen de una oda al despropósito. Y sin embargo, era como si fuera y no fuera Bigote, su hombre del postizo maravilloso. Solo se preguntó qué clase de criatura se ocultaría bajo el peluquín rojo, las gafas oscuras y aquel uniforme de matón de los años '20 con enormes mocasines. El gatito de su brazo empleaba sus garras con saña. Vigilando los movimientos de Bigote, se acercó a la mesa. El vejete estaba en racha. Se disponía a lanzar los dados, bien calentitos tras abandonar el escote de una rubicunda dama, cuando Solo advirtió que Bigote se había quitado los guantes y avanzaba hacia su víctima. Si lo tocaba, las únicas tetas que volvería a palpar aquel vejete serían los pellejos resecos de la Parca. Peor aún: si por casualidad cualquier desgraciado rozaba aquel apéndice fatal por accidente...

Se imponía una solución de emergencia, así que sacó su pistola, disparó dos veces al techo y gritó:

—¡Quieto todo el mundo! ¡Esto es un atraco!

Nada espectacular, desde luego. Pero un poco de caos y pánico generalizado siempre resultan útiles cuando las masas aborregadas se abandonan a los instintos subyacentes en la psique colectiva, haciéndolas predecibles y fáciles de gobernar por manos expertas. Obviamente, los desbordados seguratas del casino más exclusivo de Madrid carecían de tal experiencia. En medio de aquella avalancha de esmóquines y vestidos de noche, Solo vio cómo Bigote se escabullía hacia la salida para desaparecer después por las escaleras. Tras esquivar a uno de los guardias, escondió su pequeño revólver en la manga —un hábil juego de manos que le enseñara

su abuelo— y fue tras él.

Al principio pensó que lo había perdido. Luego vio la pequeña salida de emergencia que daba a la planta sótano y tuvo uno de sus pálpitos. Una ráfaga de aire fresco le golpeó en la cara al franquear la puerta. Procurando no hacer demasiado ruido, descendió amparado por la luz rojiza de los pilotos. Abajo, el breve pasillo finalizaba en un recodo con un preocupante ángulo muerto. Solo acarició la culata del revólver oculto entre la carne y la tela. Una gota de sudor recorrió su espalda; el gato pugnaba por atravesar su bíceps para escapar. Uno, dos, tres. Giró y el pasillo se abrió a la sala de la caldera, donde, entre penumbras, se adivinaban los calefactores y las distintas guías de conducción. De pronto, un sonido a su derecha y una figura frente a él. No era Bigote. Bigote salió de un corredor a su izquierda, con las manos engarfiadas por delante y profiriendo unos alaridos que helaban la sangre. Con milésimas de segundo para decidir, Solo eligió a Bigote y disparó. Su proximidad jugó a su favor: las balas de hierro se deforman con facilidad, pero son excelentes en las distancias cortas. Bigote se derrumbó como un muñeco de trapo; el detective solo tuvo que esquivar sus letales zarpas. La otra figura, que ya avanzaba hacia él, se detuvo en seco rechinando los dientes. Solo permanecía en el centro de la habitación con los brazos en cruz, la pistola humeante en su mano izquierda y la petaca de plata en la derecha.

—Balas de hierro y agua consagrada —ronroneó una voz de timbres bestiales—. ¿Te crees que eso va a detenerme, pedacito de carne?

Ahora que sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, Solo la contemplaba en toda su deforme plenitud. El cuerpo se había plegado sobre los brazos y las caderas se habían alzado para acoplar las piernas modificadas facilitando el desplazamiento a cuatro patas. Las uñas de sus manos eran pequeños y mortíferos estiletos; las de sus pies se ocultaban bajo los zapatos de tacón. Sacudió su cabeza leonina para despejarse el rostro de rizos inquietos y observó al detective con sus ojos glaucos. Bigote protestó desde el suelo. Todavía estaba vivo, aunque por poco tiempo. Manteniendo la mirada de la criatura, el detective destapó la petaca con uno de sus dedos y vertió buena parte de su contenido sobre las heridas de Bigote. El moribundo se debatió una última vez, entre violentos espasmos y horribles aullidos. Después ya no se movió más.

—Merece la pena intentarlo, cielo. —El ceñido vestido dorado parecía a punto de estallar en la zona del vientre, algo que a Solo no le pasó

inadvertido. Apuntó con la pistola y sonrió.

Entonces se desató el infierno, y durante un tiempo, solo hubo tinieblas.

Lo primero que sintió al recuperar la consciencia fue un terrible dolor de cabeza. Sangraba por los oídos y tenía una buena contusión en la nuca, pero, por lo demás, se hallaba felizmente ileso. Comprobó que aún sostenía la pistola en su mano; la petaca no había corrido la misma suerte y aparecía aplastada en el suelo junto a él. Bendita reliquia: recordaba habérsela lanzado a la criatura cuando esta lo había arrollado en su huida, después de que la muy puta le reventara los tímpanos con aquellos rugidos espantosos. Daños colaterales. Tendría que explicárselo al padre Martín cuando regresara a por la siguiente provisión de agua del Santo. Se sentó en el suelo, sacó el paquete de Celtas y se encendió un pitillo. No todos los días se le arruina un órdago semejante a una esfinge.

Ya estaba muy cerca del final, lo notaba en los huesos. También se sentía algo molesto por no haberlo averiguado antes. Se hacía viejo. Cerró la puerta del viejo Ford Fiesta con delicadeza y, arrebujándose entre las solapas de su abrigo de paño gris, subió la escalinata de piedra. Aquella perra del averno tenía estilo, eso había que reconocérselo. También exhibía un macabro sentido del humor; su *modus operandi* difería sensiblemente de las pautas adoptadas por las esfinges clásicas. Recordó todos aquellos siniestros accidentes, que danzaban con las sombras de la superstición al otro lado de la fe. La criatura no solo había ido repartiendo la desgracia a modo de primer premio en la rifa de la vida, sino que en un acceso de crueldad sin límites había mirado en el interior de sus elegidos para otorgarles su personal caramelo envenenado de mala fortuna. Por último, y eso es lo que en verdad la hacía peligrosa, había hallado una forma de actuar en la distancia. Una verdadera lástima que, al final, como todos los monstruos solitarios por naturaleza, adoleciera de un ego mayor que su voraz apetito por las almas humanas. Infravalorando las aptitudes de aquellos «pedacitos de carne», no había podido resistirse a dejar pistas sobre su origen y paradero. Gatos con hambre de león, cuerpos momificados en salmuera, espejos reflejando la dualidad de dos desdichados amantes. Aquella era la definitiva burla del monstruo a otra cultura bien distinta de la occidental: la egipcia.

Y fue este pequeño detalle el que le reveló la ubicación del cubil de la bestia. Las esfinges egipcias, catalogadas por los expertos como

androesfinges, poseen rasgos masculinos y talante bondadoso. Aquella de Torrelodones obedecía a la más pura tradición helénica: fémina por sus gónadas y una mala puta de cuidado. Nada más que otro enigma para el Edipo de turno. En el Madrid de la devastación cultural y con la que estaba cayendo, ¿dónde se ocultaría una esfinge que era griega y egipcia a la vez? Solo cruzó la garita del control sin ningún impedimento. Los vigilantes tenían puestos sus ojos en otros sitios mucho más interesantes, como el fajo de euros nuevecitos y sin marcar que sostenían entre sus dedos. El cliente no había reparado en gastos, y menos mal. Aparte de los disturbios en el casino, Solo tendría que rendir cuentas por soborno y violación del patrimonio histórico.

El Templo de Debod resplandecía en la noche, iluminado por la luz blanca de los focos. Hubiera sido un sitio estupendo para un paseo nocturno de no ser por las pandillas de vándalos que obligaban a cerrar el recinto al caer el sol y por la esfinge hambrienta y cabreada que moraba tras sus muros. El detective se preguntó cuánto tiempo llevaba la criatura aislada del mundo exterior. La construcción del templo se remontaba a la dinastía de los Ptolomeos, y no le resultaba nada descabellado suponer que la esfinge, un indeseable polizón en la corte, viajara desde Grecia para acabar atrapada de alguna forma en Debod. Eso también explicaba la generosa donación de las autoridades egipcias al pueblo de Madrid. Regalo de compensación por la cooperación internacional. Y una mierda. Solo apostaría su brazo izquierdo a que habían aprovechado la coyuntura para deshacerse de la criatura impía que manchaba el buen nombre de sus ángeles guardianes.

Dentro de la sala *mammisi* hacía calor y olía como si algo se hubiera arrastrado hasta allí para morir en soledad. Solo alumbró la oscuridad con una pequeña linterna de mano. «¡Vaya! Mamá no está en casa». No así su más reciente retoño, que colgaba de la pared suspendido en una enorme placenta impregnada en los jugos responsables de aquella fetidez inmundada. A través del saco embrionario, el detective pudo discernir los rasgos del hermano pequeño de Bigote. Aún no estaba lo bastante maduro como para nacer, pero seguro que ya resultaba tan letal como el anterior. Sujetó la linterna con los dientes mientras acoplaba el silenciador a la pistola, una Glock 9 mm modificada, elegida para la ocasión de entre su colección particular. La recordó en aquel ceñido vestido dorado, ofreciéndose en los reservados del casino, y un rato después, preñada por algún otro

desgraciado cuando intentaba huir del tumulto por el sótano. Pensar que él podía haber sido el papi de otro de aquellos heraldos del mal fario, de una de aquellas prolongaciones humanoides de la esfinge, le daba escalofríos. Vacío el cargador sobre la monstruosidad hasta dejarla reducida a una pulpa pestilente. Entonces el gatito tatuado dejó de arañar y él se sintió mejor. El sarcófago estaba al fondo, abierto y con los sellos rotos. Si había sido obra de turistas desconsiderados o de terroristas culturales, ya daba igual: ella era libre. Siempre lo mismo. Arreglar los desaguisados de los demás, eso es lo que él hacía. Vertió una nueva remesa de agua sagrada en el interior del sarcófago. Si su intuición era correcta, acababa de envenenar su lecho milenario.

Solo se sentó a esperar. A ella y, quizás, algo de buena suerte.

...Y Dios nos libre de la pasión de los artistas

SE DESPERTÓ DE MADRUGADA, sobresaltado por la quietud y la calma de aquellas horas sombrías próximas al alba. Aguzó sus oídos pero, después de permanecer a la escucha durante dos minutos eternos, descubrió que allí no había nada. Los golpes en la puerta más allá del corredor habían cesado por fin. El ya familiar bum-bum-bum, aquel soniquete perpetuo que venía violando su soledad desde hacía dos días, se había ido de repente. Lejos de sentirse aliviado, lo embargó un pánico atroz. Se incorporó rígido cual marioneta, con el cuello atenazado por los gélidos dedos del miedo; sus pies temblones no acertaban a entrar en la mullida horma de las alpargatas. «Padre Nuestro que estás en los Cielos...» Rezaba para espantar los terrores y la única luz que respondió a sus plegarias fue la de su propia habitación: hasta donde alcanzaban sus ojos el suelo del corredor se hallaba sembrado con cascotes de bombillas y cristales rotos. Más allá del largo pasillo y sumida en las tinieblas, se alzaba otra puerta, la de la calle. Quince metros a lo sumo. Cuatro de ellos iluminados. Y a medio camino, una bifurcación del pasillo a la izquierda girando hacia... Todavía se permitió dudar un momento. Encerrarse en la habitación a esperar la muerte o morir intentando alcanzar la puerta, esa era la única cuestión. Los cristales protestaron bajo el peso de su primer paso. «Padre Nuestro que estás en los Cielos...» Uno. Dos. Cinco metros. «Santificado sea Tu Nombre...» Ocho metros. Una rápida mirada de soslayo hacia el pequeño corredor en aquel giro siniestro: la oscuridad le devolvió una engañosa sonrisa. Nueve metros. Doce metros. «Venga a nosotros Tu Reino. Hágase Tu Voluntad...» Y la voluntad se hizo en forma de algo que surgió del mueble recibidor y atrapó sus tobillos con la fuerza de un lazo. La cosa tiró hacia atrás y él cayó una última vez, consciente de que no perdía el equilibrio sino la vida. «Así en la Tierra...» Aún dispuso de unos fugaces segundos para contemplarlo en todo su esplendor. ¡Era hermoso! ¡Oh, Dios mío! ¡Era...! Luego solo hubo dolor. En sus últimos instantes, fue violentamente acometido por una epifanía y vislumbró la verdad, y resultó que esta no era tan pura como clarificadora. No quiso irse sin poner punto y final a su oración: «Así en la

Tierra como en el Infierno. Amén».

—¡Joder!

Por un momento estuvo tentado de darse la vuelta y huir para no volver a poner los pies sobre aquel piso jamás. Pero Solo era un hombre de palabra, de ese tipo especial que jamás rompería una promesa ni aunque le abrieran en canal para arrancarle hasta el alma. Hombres como él no abundaban, y de eso se aprovechaba el padre Martín. El viejo zorro. Le había prometido que se encargaría de aquel caso, un «pequeño favor personal». Aunque de favor personal tenía bien poco. Después de su desastroso *affaire* con la esfinge de Debod, tendría suerte si no dedicaba sus próximos cinco años a resolver encargos a cuenta del cura. Contentar a un cliente poderoso es la mejor estrategia para acallar a las autoridades, pero no hay nada que hacer cuando entran en juego los verdaderos poderes fácticos ocultos en la sombra. El detective era consciente de que aquello de la esfinge había sido una chapuza fenomenal. Monumentos históricos profanados, sacrosantas reliquias destruidas, rastros y huellas por doquier en la escena del delito... Mejor no mentar los gastos sanitarios derivados de una estancia de dos meses largos en el hospital, resultado de su definitiva confrontación con el monstruo. Solo había perdido tres dedos del pie izquierdo y a poco estuvo de perder la vida entre las garras de la bestia.

—Me temo que no existe un número suficiente de *avemarías* para compensar todo el daño que nos has hecho, hijo mío —le había reprochado el padre cuando, recién salido de la clínica, fue a ofrecer su más humilde acto de contrición hasta la fecha.

El detective había bajado la mirada y contenido su lengua, que se rebelaba impertinente ante semejante acto de sumisión forzosa. «Pero tres dedos son un buen precio, ¿no le parece, padre?», pensaba mientras este lo juzgaba con sus penetrantes ojos grises. Los ojos de un mago. Esa había sido su primera impresión sobre el severo sacerdote la primera vez que lo vio, sentado tras el añejo escritorio de la sacristía y vestido con aquella sotana negra como el ala de un cuervo. Entonces él tenía ocho años y el padre Martín, una melena lustrosa a juego con su sotana. ¡Y qué miedo daban aquellos ojos grises, como de tormenta! El niño Solo había corrido a esconderse tras las faldas de su madre. Ahora se había convertido en hombre, y no encontraba faldas tras las que ocultarse. Por fin, el sacerdote suspiró y decidió liberarlo del peso de su terrible mirada de gorgona.

—Anda vete —le dijo agitando la mano con aire distraído—. Ya pensaremos en algo. ¡Pero, Solo...! No te vayas a ir demasiado lejos, hijo.

Así era como había acabado en el piso de don Manuel Ferraz Clavijo, maestro carpintero y tallista de cierta fama, mercedamente ganada gracias a su notable producción religiosa. El padre Martín no había escatimado en detalles sobre sus prodigiosas dotes con el cincel, y su rostro sombrío se iluminaba al evocar la imagen de una virgen doliente concebida por obra y gracia de aquel artista que él había tenido la oportunidad de conocer y, más tarde, integrar en su selecto círculo de amistades.

La talla la había albergado una pequeña iglesia de Miraflores hasta que hacía unos siete años fuera profanada en un asalto nocturno y parte de sus tesoros, robados. Algunos, como un pequeño relicario de plata con una cruz de perlas engastadas ahora cedido al Museo Catedralicio de Santiago, habían podido recuperarse gracias a la inestimable colaboración del propietario de una conocida casa de subastas. Cuando la colección llegó a sus manos, había averiguado la procedencia del relicario y, movido más por su reverencial temor a la Iglesia que por su honradez —el detective sospechaba que tales escrúpulos jamás hubieran aflorado de haberse tratado de un simple expolio a polvorientos cultos paganos—, alertó a los nacionales. No hubo suerte con la virgen doliente: la talla se sumergió en las turbias aguas del mercado negro y allí desapareció para siempre de este mundo.

Don Manuel le había confesado al padre Martín en una ocasión que tardaría años en volver a crear una obra de tan exquisita factura. Y ahora ya no habría tallas de ningún tipo porque había sido asesinado en su vivienda de Retiro en muy extrañas circunstancias. Solo le había prometido al padre Martín que se ocuparía de la investigación en cuanto la policía despejara el escenario del crimen. Claro que eso había sido antes de encontrarse cara a cara con Labriego en el salón de la casa del difunto.

Nicolás Labriego era inspector de la Nacional y, como bien solía repetirle al padre Martín, «uno de los mayores hijoputas que ha visto nacer La Cibeles». Viéndolo allí, un hombre tan pulcro, de complexión media y facciones delicadas, era fácil olvidar al duro policía de a pie que conquistara el cargo de inspector en un tiempo récord. Infatigable e inmisericorde, Labriego había cosechado una serie de éxitos profesionales de los que se sirvió para impulsar su carrera en el cuerpo y ahora gozaba de una posición de gran poder dentro y fuera de los despachos. Solo lo

detestaba porque sabía bien que no era más que otro impío dios de barro. Lo aprendió por las malas, una noche en un club de carretera de la N-6, mientras asistía entre horrorizado e impotente al atroz espectáculo orquestado por el inspector. Un par de súcubos intentando entrar ilegalmente en el país al amparo de las escurridizas redes de la prostitución. Un chivatazo providencial y él y Labriego que entran en acción. A decir verdad, fue este el que entró en acción. El detective no pudo aguantarlo y a los diez minutos el contenido de su estómago se escapaba por el sucio retrete de un burdel perdido de la mano de Dios...

–Solo. Menuda sorpresa. –Labriego tendió su mano derecha y lo examinó con sus fríos ojos azules. Bajo su ensayada sonrisa, su rostro no translucía la más mínima emoción.

El detective se limitó a rebuscar sus pastillas en el bolsillo interior del abrigo. No tenía muy claro si aquellas punzadas de dolor obedecían a la pérdida de eficacia de los calmantes o a la simple visión del inspector, allí de pie junto a la ventana del salón. Al cabo de unos segundos, y consciente de que su salud no iba a hallar respuesta, este retiró la mano a las profundidades de su gabardina gris.

–Me dijeron que habían mandado a un agente de campo al que tendría que dar cobertura, pero no imaginaba que serías tú.

–Qué detalle. A mí ni siquiera tuvieron la consideración de advertirme de que estarías aquí.

La sonrisa de lobo feroz del inspector se ensanchó todavía más.

–El tipo llevaba seis días fiambre cuando un vecino dio el aviso, alertado por el mal olor y una repentina plaga de moscardones. Los bichos se colaron en el patio vecinal, donde se tiende la ropa, y aún traen por la calle de la amargura a unas cuantas señoras porque se los llevan a casa entre las sábanas. ¿Te imaginas?

Sí, claro. Podía imaginarse a Labriego reservándose para sus ratos onanistas la imagen de aquellas pobres amas de casa espantadas ante la intrusión de los repugnantes insectos en sus ordenados hogares.

–¿Signos de violencia?

–Si obviamos que al señor Clavijo le reventaron los globos oculares y lo empalaron con uno de los maderos que guarda en el taller, y que el pasillo parecía un campo de batalla, el piso resultaba de lo más acogedor.

–Espera, espera. ¿Empalado? –Solo no daba crédito.

–Empalado es una manera muy suave de decirlo. Se ensañaron con el

tipo. Había marcas anulares de sangre casi hasta la base del madero y a lo largo de toda su superficie. Estaba astillado, ¿sabes? Lo hicieron una y otra vez, y otra, y otra... Mis chicos sacaron algunas fotos. ¿Quieres verlas?

—Puedo hacerme a la idea de lo que es un empalamiento. ¿Alguna cosa más que necesite saber antes de realizar mi propia inspección?

Labriego sacó unos papeles de su gabardina y se los tendió.

—Son copias del informe del forense y de los resultados de la científica. Espero que entiendas que esto es confidencial. Y creo que deberías empezar por echarle un vistazo al taller. Presenta unos hallazgos realmente... insólitos.

—Ya, bueno. Tú solo ocúpate de que a ninguno de tus amiguitos con placa se le ocurra merodear por acá mientras le echo un vistazo al piso. Te aseguro que seré rápido.

El detective se guardó los papeles y enfiló por el corredor hacia la habitación del fondo. Se volvió cuando la voz suave del inspector lo llamó una única vez.

—Solo. —Sus ojos refulgían—. Entiendo que cumples un encargo del padre Martín. Eso lo respeto. Pero si me causas alguna molestia, si cometes algún error y tu mierda llegara a salpicarme siquiera los zapatos... Bueno, entonces iré a por ti y te encontraré. Y tendremos los dos una bonita charla.

Un buen café siempre ayuda a despejar la mente. Y eso es lo que el detective necesitaba: organizar aquel tumulto de ideas que bullía en su cerebro. Sentado en una de las mesitas del bar *Las Brumas* y con media cafetera del aromático alquitrán de Andrés para él solito, comenzó rememorando su visita al piso de don Manuel. Como le prometiera el inspector, el taller había resultado de lo más interesante. Ni siquiera el meticuloso trabajo de los chicos de la científica había podido limpiar el agujero de cincuenta y nueve por cuarenta y cinco abierto en la base de la puerta. Este se había trazado con una afilada segueta de carpintero que, según el informe, apareció tirada en el suelo en vez de ocupar su lugar habitual en el armario de las herramientas, guardada bajo llave. El armario estaba abierto y las llaves aparecieron bajo el banco. Sin huellas. Tampoco se halló explicación a los pequeños arañazos y desconchones en la madera de la jamba. Solo había encontrado más de aquellas marcas en la pared de escayola y, al salir, en el mueble recibidor. Fue providencial, ya que no constaban en el informe. Mucho más fructífera fue su revisión del análisis

forense.

—¿Por qué no me dijiste antes que extrajeron unas cuantas astillas de los ojos del carpintero? —le espetó a Labriego. Lo había telefoneado (eso sí, con sumo dolor) tras revisar el caso en su oficina y presa de un cabreo monumental.

Necesitaba una de esas astillas, por supuesto. Labriego se mostró reticente.

—Una cosa es fotocopiar los informes y otra bien distinta disponer de las pruebas a tu antojo.

—¡Venga ya, Labriego! No te me pongas digno ahora. No es la primera vez que metes mano en las pruebas y lo sabes. —Y entonces lanzó su envite—. Aunque, si quieres, puedo hablar con el padre Martín; a ver qué puede hacer él al respecto.

El rechinar de dientes fue tan horripilante que por un momento pensó que tenía el infierno al otro lado de la línea. Lo estaba presionando bien, al muy hijoputa. Y aquello le gustaba. Labriego le consiguió la astilla en apenas una hora y media. Solo no olvidaba la advertencia en el piso de don Manuel. Esperaba no cagarla. Tenía la sospecha de que el inspector ya había descartado lo de la amigable charla para dos. Ahora, mientras giraba la bolsita de plástico entre sus dedos, dolorosos latigazos recorrían su brazo izquierdo: el gatito que tenía tatuado lo estaba desollando a zarpazos. Y aquel pequeño fragmento de madera oscura y compacta —¿ébano, quizá?— era el culpable del disgusto del minino. No se había encontrado madera igual durante el registro del taller. Dios. La astilla era minúscula, pero emanaba tanto poder... Puto Labriego. Él ya debía sospechar algo. Pero, claro, esas cosas no constaban en el informe oficial.

Tampoco parecía importar mucho lo de aquel yonqui acuchillado con una cruz en una pequeña iglesia del barrio de Malasaña y, ¡vaya!, al revisar la prensa de los últimos diez días, el gatito le había insistido mucho con aquella noticia. ¿Y quién era él para negar algo al eminente felino? Así que después de colapsar sus venas con medio litro de café, decidió comenzar primero con la astilla. Tenía localizado a todo un experto apenas dos calles más abajo.

—Wengué.

Carcoma había sacado la astilla de la bolsa. La miró; la palpó. La olió, e incluso la chupó. Después escupió en la acera.

—No hay duda, *señó*. Árbol wengué. Fuerte. Poderoso.

Solo observó al negro enjuto frente a él. Carcoma lo miraba a su vez con ojillos vivarachos y le dedicaba su amplia sonrisa de esmalte y oro. Podía fiarse; Carcoma nunca se equivocaba cuando se trataba de madera. Y él tampoco había ido demasiado desencaminado. No era ébano, pero sí wengué.

—Árbol wengué muy especial. Solo el tocado por el dios trabaja con madera wengué, porque solo el tocado por el dios puede caminar con espíritus en el sueño del wengué. —Y luego—: difícil de conseguir, madera wengué tan pura, pero Carcoma sabe.

Su sonrisa se ensanchó y sus manos se abrieron para recibir al detective. Había llegado la hora de formalizar el trato. Un trámite doloroso.

—¿Ahora tú compra *cedé*?

Y, maldita fuera su estampa, aquel había sido el disco que más caro le había salido en toda su vida. Al menos ahora contaba con una dirección, a la que se dirigió presto a bordo de su flamante aunque algo magullado Ford Fiesta.

—No jodas —suspiró cuando aparcó frente a la chabola a la que correspondían las señas. En el frontal alguien había pintado el lema «NO MÁS DESALOJOS» con tinta roja. El grafiti ocupaba también las dos chabolas colindantes, dando una fugaz nota de color a la zona más deprimente de La Ventilla.

Le abrió la puerta un hombre de aspecto taciturno, con unas cejas superpobladas y un rictus de angustia existencial en los labios. Únicamente cuando Solo le habló de Carcoma, el tipo se permitió el lujo de esbozar un amago de sonrisa. Nada excepcional, aunque con ese careto casi podía considerarse un pequeño milagro.

—Nuestro común amigo me ha informado de que vendes madera wengué. ¿Es cierto?

El hombrecillo no contestó pero le hizo un gesto con la mano apremiándole a seguirlo. La chabola no solo estaba sucia, sino que acumulaba objetos inservibles en cada uno de los rincones. El detective, esforzándose por no desparramar una pila de periódicos viejos, tuvo que apoyarse en una pared manchada de algo pringoso y procedencia desconocida. «Diógenes llama a su puerta», pensó mientras entraba a una de las habitaciones. Bingo. Dentro de aquel cuarto había grandes trozos de wengué metidos en bolsas de plástico de algún supermercado cercano. De aquella guisa, envuelto en el logotipo de unos grandes almacenes, a uno le

costaba imaginar lo poderoso que podía llegar a ser ese material.

—¿Has vendido últimamente?

El tipo sonrió mostrando las destrozadas teclas de piano que tenía por dentadura.

—Dos hombres —contestó sin perder la sonrisa, como si se enorgulleciera de sus cuidados bucales.

Por un módico precio, Solo obtuvo el nombre de sendos compradores. Uno le era de sobra conocido: como ya suponía, don Manuel había buscado material en aquel tugurio de mala muerte en muchas ocasiones. El otro correspondía a don Enrique Montalbán, que, según pudo averiguar el detective, era otro tallista siempre a la sombra de la fama de don Manuel. Creyó conveniente hacerle una pequeña visita.

—Siéntese, por favor —dijo el tal Montalbán señalando un sillón plagado de cojines—. ¿Desea tomar café? ¿Agua?

—No, muchas gracias —declinó Solo. Ojalá le hubiera ofrecido unos dedos de whisky...— No lo entretendré; serán un par de preguntas.

—Como guste —dijo el anciano sentándose en una silla esculpida por él mismo.

—¿Conocía usted a don Manuel Ferraz Clavijo?

El tipo sonrió con indulgencia. Era evidente que sí lo conocía (todos lo hacían dentro del gremio), y por lo visto no resultaba de su agrado.

—¿Y cómo no hacerlo? —comentó con ironía—. El maestro Clavijo era el tipo mejor pagado de sí mismo que me he encontrado nunca.

—Trabajaba el wengué, ¿verdad? Como usted...

—Así es. Solo los más grandes son capaces de hacerlo. Clavijo lo era, desde luego. Y un servidor también. —No había asomo de modestia en su voz.

—Según tengo entendido, no es habitual su uso en tallas de índole religiosa... —dejó caer. Su interlocutor no tenía aspecto de controlar las fuerzas sobrenaturales que contenían aquellos oscuros trozos de madera, al menos de forma consciente.

—Es un material difícil de trabajar, ¿sabe? —explicó saboreando su minuto de efímera gloria—. El wengué es una madera dura y se deforma con una facilidad pasmosa. Además, desprende un polvillo que afecta a la mollera. Se te mete en la cabeza y puede llegar a volverte loco. Quizás eso fue lo que le pasó a Clavijo.

Era una posibilidad en verdad remota. Por muy loco que se volviera por culpa de unos residuos tóxicos, nadie osaría empalarse con un madero de tan considerables dimensiones. Tanto Clavijo como Montalbán habían jugado con fuego utilizando madera wengué para sus trabajos, pero solo el primero había terminado quemándose.

—Entonces, ¿por qué la usan?

—Porque el resultado es excelente —dijo el viejo con un brillo de auténtica pasión en los ojos—. Casi mágico.

Solo degustó la ironía de aquella frase.

—¿Vio a don Manuel antes de su fallecimiento?

—La verdad es que sí, y no fue demasiado grato.

—Cuénteme —lo animó con unas ganas terribles de fumarse un pitillo.

—Vino una semana antes de su muerte. Nunca tuvimos una gran relación, por eso me sorprendió su visita. Llegó llorando, diciéndome que había perdido el toque del que había gozado antaño.

—¿Su toque?

—Hacía meses que era incapaz de crear algo digno de admiración. Ya no había arte brotando de sus dedos. Estaba destrozado —suspiró con una media sonrisa. Aunque su rival estaba muerto, no podía evitar sentir una oscura satisfacción por todo aquello. Solo no le culpó—. Lo mandé a hacer gárgaras. Después se puso un poco agresivo. Me agarró de las solapas y me amenazó, ¿sabe usted? Por eso no me sorprendió que entrara a robar en mi propio taller.

—¿Cómo? —preguntó incrédulo el detective. Nunca se le habría ocurrido incluir al maestro Clavijo dentro del fenotipo cleptómano. Y menos, atendiendo a las inmejorables referencias que tenía por parte del padre Martín...— ¿Dice usted que don Manuel allanó su propiedad para robar?

—No tengo pruebas contra él. Pero estoy seguro.

—¿Puedo preguntarle qué le sustrajeron?

—Le daré algo mejor —respondió el anciano—. Hago fotos de todas mis creaciones en las diferentes etapas del proceso.

Montalbán se levantó despacito llevándose una mano a la cadera, se dirigió a una estantería plagada de libros y comenzó a rebuscar entre ellos con exasperante parsimonia.

—Era una obra incompleta —dijo resignado—. Aunque podía haberse convertido en una obra maestra. Mi gran obra.

Montalbán le tendió un álbum de fotos abierto por las últimas páginas y

señaló con un dedo amarillento el detalle de una de las instantáneas. Solo no tenía la más remota idea de arte sacro, pero aquella talla le pareció de singular belleza. No era de extrañar que su interlocutor estuviera tan afectado por su pérdida.

–Esta era. El más hermoso san Antonio que fui capaz de plasmar con mi principio de artrosis –explicó con un suspiro evocador–. Puse todo mi corazón en él...

–¿Un san Antonio? –interrumpió Solo incapaz de controlar cierta brusquedad–. ¿No lo esculpiría por casualidad para la iglesia de San Antonio de los Alemanes, allá en Malasaña?

El anciano lo miró sorprendido.

–¿Cómo lo sabe usted?

Siguiendo un pálpito, regresó al lugar del crimen, aquel taller cercano al parque del Retiro donde don Manuel Ferraz Clavijo creara algunas de sus más bellas tallas mientras perdía su arte con el inexorable paso del tiempo. Donde había terminado de moldear aquel san Antonio robado a su rival, pervirtiendo con ello la antiquísima magia del wengué al ponerla al servicio de su propia codicia. Y donde, por encima de todo, había sido liquidado brutalmente por un asesino enano (el agujero de cincuenta y nueve centímetros en la puerta del taller así lo hacía sospechar). Asesino que, y Solo apostaría por ello los dedos del pie izquierdo que aún le quedaban intactos, habría masacrado también al desafortunado yonqui en la iglesia de San Antonio de los Alemanes.

San Antonio. Como la talla robada. Solo nunca había creído en las coincidencias ya que la experiencia le había enseñado valiosas lecciones a ese respecto, la mayoría de las veces a martillazos. Pero tampoco creía que el cuento de Pinocho estuviera basado en hechos reales. ¡Y cuánto habría cambiado la película si Geppetto hubiera acabado sus días ensartado repetidamente con un palo de madera! Quizás el hijo artificial se había pasado de la raya con aquello de contar mentiras...

Entró en el piso sin problemas; ninguno de los perros de Labriego a la vista. El tatuaje del gato arañaba su bíceps, reafirmandolo en sus propias sospechas: estaba en el camino correcto. Sobre la mesa del taller había un martillo y un cincel, así como diversos botes de pintura y barniz. Solo los inspeccionó en busca de cualquier detalle que se le hubiera podido pasar por alto en su anterior visita, aunque a primera vista no descubrió nada

relevante. En la estantería del fondo había una colección de pinceles usados, también algunos maderos aún sin forma definida. El detective distinguió pequeños tacos oscuros entre ellos. Ahora sabía que se trataba de wengué. Y un peligro potencial en las manos equivocadas. Rememoró el poder concentrado en aquellas astillas negras. ¿Habría sido don Manuel capaz de imbuir su frustración, su rabia y envidia a la última de sus creaciones? ¿Se trataba de eso? ¿Habría mancillado los ideales de amor y fe depositados por Montalbán en su san Antonio al robarle la talla?

En una balda contigua yacían una serie de esculturas a medio terminar, y el detective comprobó que, en efecto, aquel maestro carpintero había perdido su toque. La colección de trozos de madera con rostros apenas cincelados era verdaderamente macabra. Aquellas figuras eran meros descartes: cabezas demasiado pequeñas, torsos deformes, rasgos faciales descompensados... Había algo fantasmagórico en aquella colección de tallas inacabadas, cuerpos que jamás existirían abriéndose paso a través de la madera. Entonces algo llamó su atención al final de la balda. Apartó un par de tarugos en los que el artista había querido representar a algún santo ahora inidentificable y allí estaba. Igualito que en la foto de Montalbán. Don Manuel se había limitado a pulir el trabajo de su contrincante, incluyendo un par de detalles de su propia cosecha. Suficiente para pervertir el poder del wengué. Porque desde el momento en que modificara aquella obra ajena, el maestro estaba condenado a una muerte atroz. El detective comprobó alguno de los cambios introducidos en la que estaba llamada a ser la obra maestra de Montalbán: había torneado el halo que cubría su cabeza y le había añadido una cruz de madera en su mano derecha. El detective se acercó para examinar este último complemento. ¿Qué era ese pringue pardusco que manchaba la parte inferior del crucifijo...?

En un santiamén, y ante la atónita mirada de Solo, la cruz se balanceó en la diminuta mano del santo. Luego se venció hacia delante, buscando los ojos desprotegidos del detective. Si la cruz no hizo diana fue por los rápidos reflejos de Solo, que hizo pantalla con una de sus manos. El filo astillado de aquel detalle en madera se le clavó en la palma, partiéndole en dos la línea de la vida. La sangre manchó el rostro del santo, cuya belleza primigenia no se empañó al teñirse de rojo: su cara no mostraba la más mínima inflexión, cada uno de sus gestos petrificados en wengué. Pero su cuerpo sí que comenzó a moverse, y más rápido de lo que su maciza

estructura hacía sospechar. El detective retrocedió ante tamaña atrocidad, un dolor palpitante surcándole la mano afectada. Aquella escena se le antojaba irreal, pero no iba a sucumbir al pánico del principiante. Había visto cosas infinitamente más extrañas desde que entrara a formar parte de la Logia, y huelga decir que se había enfrentado a seres que medían más del medio metro de aquella estatuilla hiperactiva.

No obstante, había algo perverso en aquella figura manchada de sangre, aquel san Antonio mancillado que usaba el mayor símbolo de la cristiandad para cometer sus fechorías. La cruz giraba como un aspa mortífera en sus manos labradas, haciendo retroceder al detective. Entonces sintió una punzada de dolor bajo su zapato izquierdo, que se mezcló con las dolencias previas causadas por la amputación de los tres dedos del mismo pie. La puñetera talla le había vuelto a clavar la cruz. Su intención estaba clara: quería desequilibrarlo para hacerle caer al suelo. Una vez allí, tendría menos problemas en atacar sus zonas vitales, comenzando por los ojos. Solo no estaba dispuesto a ceder terreno. No era un anciano desvalido como el malogrado maestro Clavijo, ni un tambaleante yonqui de fuerzas mermadas. Él era un hombre hecho y derecho con un centenar de recursos. Aunque para la ocasión recurrió a una típica patada que mandó a la estatuilla a tres metros de distancia.

–Hijoputa... –masculló Solo en un arranque un tanto sacrílego.

El san Antonio reconvertido en psicópata correteó de nuevo hacia él, su hermosa efigie encomendándose piadosa al Cielo. El detective intentó pisarlo como a un insecto, aunque la talla lo esquivó sin demasiados problemas. Una nueva cuchillada atravesó su pie mientras rebuscaba en la mesa de trabajo donde don Manuel había dado rienda suelta a años de sana creatividad. El diminuto asesino corría otra vez hacia él, asiendo la cruz como si se tratara de un hacha. Solo abrió uno de los botes de pintura al aceite y lo vertió sobre su atacante, luego le atizó otra patada más para alejarlo lo suficiente. Se llevó una mano al bolsillo del abrigo y sacó su paquete de Celtas: todavía tenía un pitillo y media docena de cerillas supervivientes en su interior. Prendió una de ellas con la uña y se la lanzó al maléfico san Antonio, que comenzó a arder como solo el wengué sabe hacer. Aún en llamas, la talla seguía intentando un último ataque. A mitad de camino, el brazo que sostenía la cruz se desprendió del tronco.

Trágico final para aquella criatura sin padre y sin destino. Imbuida de la memoria residual de sus creadores, la talla había deambulado entre el taller

de don Manuel y la iglesia de San Antonio de los Alemanes con sangrientas consecuencias. Solo salió del taller sintiéndose mal consigo mismo. Como era requisito de la Logia, no profesaba ningún tipo de religión; había renunciado a ello junto con otras fruslerías como sus propios apellidos. Sin embargo, un ramalazo de culpabilidad cristiana se incrustó en su cerebro. Al fin y al cabo, no todos los días destruye uno la estatua viviente de un santo, ¿no? Además, había destrozado buena parte de la escena de un crimen y eso no le iba a gustar un pelo al padre Martín. Tampoco a la policía. Y mucho menos al inspector Labriego, que lo había amenazado expresamente con un inquietante cara a cara.

Solo sonrió socarrón. Ya ansiaba recibir aquella visita.

Oh, sí. Lo estaba deseando de veras.